

DON JUAN NICASIO GALLEGO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

DE DON VENTURA DE LA VEGA.

No hay en España persona alguna un tanto aficionada á las bellas letras que no pronuncie con respeto este nombre : no hay poeta ni escritor público, de cualquier género que sea, desde los más humildes hasta los más empinados de nuestra época, que no le consulte sus obras y haga en ellas, sin más exámen, cuantas correcciones le indique : no hay discusion literaria que no se termine á su arbitrio : no hay, en fin, quien ose replicar al que en materias de buen gusto asienta una opinion, añadiendo : *así piensa DON JUAN NICASIO GALLEGO.*

Y esta especie de absoluta autoridad, esta incontestable supremacía, esta universal dictadura, ¿de dónde procede? ¿en qué se funda? ¿qué par de estantes tiene que destinar el literato en su biblioteca para colocar las obras de un hombre de tanta fama?

No hay libro ninguno que lleve al frente su nombre (1). Siete odas ó elegías de regulares dimensiones, publicadas en el espacio de treinta y seis años, y alguno que otro soneto ó romance, han bastado á colocar al SEÑOR GALLEGO entre los primeros poetas que honran el Parnaso español : de qué calidad sean las tales siete composiciones, inútil es decirlo ; ademas, que no hay en España literato que no las sepa de memoria.

Fenómeno es éste que no aciertan á comprender en el dia aquellos que, como dice Iriarte,

Aprecian por el tamaño
Los libros y por el bulto;

pero el que tiene aima para sentir las bellezas de la poesía, no sólo reconoce y acata la justicia de tan merecida opinion, sino que de las siete composiciones del SEÑOR GALLEGO aún juzga que sobran seis para colocarle en el sitio que ocupa. Quéjense algunos de que haya escrito tan poco : lástima grande es ciertamente ; pero lástima para las letras, no para su fama.

No me detendré á analizar sus poesías : como noticia, sería excusado, pues ya he dicho que nadie las desconoce : como crítica, á ninguno es dado abrir de nuevo un juicio que ha sentenciado ya una generacion entera.

En Zamora nació el año de 1777, pueblo que nunca había dado muestras de envanecerse con tal hijo, hasta que mal y de mala manera le incluyó en una terna de senadores. Allí hizo los primeros estudios, pasando luego á Salamanca, donde en 1800 concluyó su carrera y recibió las sagradas órdenes. El trato con Melendez, restaurador del buen gusto en la poesía castellana, inflamó su fantasia y despertó en él ese genio que tan hermosa página ha añadido á nuestro Parnaso. Pasó luego á Madrid, donde conoció al malogrado Cienfuegos y al señor Quintana, con quien desde entónces le unieron vínculos de no interrumpida amistad ; y en 1805 le nombró el Rey director de la casa de pajes. Servia este empleo y publicaba en el *Memorial literario*, periódico que salia á luz en Madrid, alguna que otra composicion ligera, cuando en el año de 1807 llegó la noticia de la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses.

(1) Cuando esto escribía el señor Vega, no había aún publicado la Academia Española las *Poetas* de don J. N. Gallego. (Nota del Colector.)

Permítase al que esto escribe dedicar aquí un recuerdo á aquella heroica ciudad, donde tiene la gloria de haber nacido, y en cuya suerte no ha cesado ni cesará de interesarse vivamente su corazón, á pesar de las 2.000 leguas que hace más de veinte años le separan de la que siempre llamará su patria.

No hay ejemplo en la historia de un hecho más glorioso. Un pueblo abierto, donde no había á la sazón ni un solo soldado, se ve acometido de repente por un ejército de 12.000 hombres, mandado por un hábil general. Desatino era soñar siquiera en defenderse; pero las heroicidades, ¿qué son en su origen, sino desatinos? Los habitantes corren en tropel á la plaza y piden á gritos armas y municiones: el Cabildo (así se llama allí el ayuntamiento) cede á la voluntad del pueblo, toma algunas disposiciones para aquella inconcebible resistencia y llama á la ciudad al virey don Santiago Liniers, que á la aproximación de los ingleses, viéndose sin tropas, se había retirado al campo. Los paisanos armados guarnecen las azoteas, los balcones, las ventanas, las puertas; y al penetrar los enemigos en la ciudad, empieza á llover sobre ellos un fuego mortífero. La lucha fué sangrienta, pero breve: al cabo de algunas horas, los ingleses tuvieron que rendirse á discreción, quedando todos, incluso el general en jefe, prisioneros de guerra.

No es extraño que tan gloriosa acción encendiese el estro de los poetas y produjese la primera oda en que el SEÑOR GALLEGO derramó el fuego poético que encerraba en su alma, y que sólo aguardaba, para inflamarse, una chispa de entusiasmos. No es ya el cantor tierno y delicado, émulo del dulcísimo Melendez; es el poeta vigoroso y robusto, que empuña la trompa de Herrera, y viendo en su fantasía á la América del Sur alzarse sobre los Andes, lanzando el grito de guerra, exclama:

Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra,
Y el ronco hervir de los volcanes calla.

Por entonces fué también cuando, á consecuencia de una disputa literaria habida en la tertulia del señor Quintana, hizo en ocho días la traducción de la tragedia de Arnault, titulada *Oscar*, que proporcionó uno de sus mayores triunfos al grande actor Isidoro Máiquez, y en la cual dejó á muchas leguas el mérito del original francés.

La sangrienta jornada del 2 de Mayo de 1808 fué la que inspiró al poeta su segunda composición: no hay nada más hermoso en castellano. Aquella elegía puso el sello á su fama; y bien hubiera podido desde entonces colgar la lira, seguro de que no era fácil elevarse, como poeta lírico, á más altura. Muchos años hace que en semejante día todos los periódicos de Madrid reproducen aquella magnífica elegía, llena de noble indignación y patriótico entusiasmo, en la cual, después de repetir el grito de ¡guerra y venganza! lanzado por la nación contra los invasores, dice:

Guadalquivir guerrero
Torna al bélico són la régia frente,
Y del patron valiente
Blandiendo airado la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: ¡ guerra y venganza!

En el mismo año hizo el SEÑOR GALLEGO la tercera de sus composiciones, que tituló *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, y leyó en una sesión de la Academia de San Fernando. Esta composición es de las ménos conocidas, pues no tengo noticia de que se haya impreso nunca; pero en nada desmerece de las demás. Como compuesta bajo el influjo de los sentimientos de independencia que ardían en el corazón del poeta en aquella época, está llena también de alusiones á los hechos gloriosos de la nación, y así es que, hablando de la pintura, presenta, entre otros, un cuadro magnífico del sitio de Zaragoza, que concluye con esta imagen:

¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso
Montón de escombros de la antigua torre,
Que á la horripilante bomba se desploma,
Allí el aragones su frente asoma
Impávida y serena,
Y al terco sitiador de espanto llena.

Desde esta fecha corre un largo periodo, en que la musa de tan gran poeta enmudece profundamente. La llegada de Napoleon con su ejército obligó al SEÑOR GALLEGO á abandonar la capital y refugiarse á Sevilla, y luego á Cádiz. Allí fué diputado de las primeras Cortes que se instalaron en la isla de Leon, y las tareas legislativas no le dejaron espacio sino para tal ó cual soneto ó himno patriótico. Volvió luego á Madrid, y á la llegada del Rey en 1814 fué uno de los perseguidos y encarcelados por sus opiniones liberales. Hallándose confinado en una cartuja de Andalucía, compuso la elegía *A la muerte del Duque de Fernandina*, composición también poco conocida del público, y que siento no tener á la vista, para trasladar aquí alguno de sus muchos trozos de tierna melancolía.

Ocurrió en 1818 la sentidísima muerte de la reina Isabel de Braganza, y este doloroso acontecimiento inspiró al SEÑOR GALLEGO una de sus mejores obras. La elegía en tercetos que compuso entonces, basta por sí sola para hacer la reputación de un gran poeta. Siento que los límites de este artículo no me consientan copiarla toda. Recordando en ella el día en que la Reina, llena de juventud y hermosura, desembarcó en Cádiz, dice:

Ostentosa su marcha fué. Ostentoso
Bajel, Favonio con halagos puros,
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al ronco estruendo de los bronceos duros,
Bella como la diosa de los mares,
La saludaron los hercúleos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
Oír, y el grito de las torres, creo,
Y el festivo sonar de mil cantares.

Obsérvese el giro poético de estas frases: obsérvese, sobre todo, el hipérbaton que hay en el último terceto, la feliz colocación de los verbos determinante y determinado; y dígame si, cuando la lengua castellana se presenta manejada así, tiene que envidiar á la latina ni á ninguna. En otro lugar hay este sentido trozo, en que el SEÑOR GALLEGO pedía por sus amigos proscritos, y el cual suprimieron los censores de aquella época:

De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
No pocos, ¡ay! no pocos, en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.
Otros, gimiendo por su patria amada,
El agua beben de extranjeros rios,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.

Desde aquí corre otro período de diez años, en que vuelve á enmudecer la musa del SEÑOR GALLEGO.

En 1830, con motivo de la muerte de la Duquesa de Frias, compuso la notable elegía que se insertó en la *Corona fúnebre*, impresa en Madrid entonces, y poco después la última hasta ahora de sus poesías, que es una oda al nacimiento de la princesa Isabel, actual reina de España (1).

Hé aquí enumeradas las siete obras con que ha llegado á colocarse en primera línea entre los poetas españoles, y no hablo de otras composiciones cortas, con que se honraria el más eminente literato.

La Academia Española le abrió sus puertas, y le nombró su secretario perpetuo. En estas útiles tareas, y en el trato de poetas y artistas, que reciben de su amistad y consejos aliento y luz para cultivar con acierto las artes y las letras, pasa su vida retirada y tranquila, gozando ya de una fama que pocos alcanzan de sus contemporáneos.

(1) Vega escribió estos apuntes biográficos en 1843.—En el mismo año fueron publicados en el *Museo de las Familias*. (Nota del Colector.)

II.

DE DON EUGENIO DE OCHOA.

Una biografía completa del ilustre escritor DON J. N. GALLEGO debería contener, á más de las noticias de su vida que vamos á dar, un análisis detenido de cada una de sus composiciones, ó cuando ménos, de las principales. Este trabajo, sin embargo, aunque útil para la juventud estudiosa que se dedica al cultivo de las letras, no entra por ahora en el plan que nos hemos propuesto: acaso tampoco es llegada todavía la ocasión de emprenderle con entera probabilidad de acierto, por cuanto ni es fácil juzgar bien de los objetos que se miran muy de cerca, ni desprenderse bastante de los afectos personales, para que no se trasluzca rastro de ellos en la crítica. Dia vendrá en que el autor de la elegía *Al Dos de Mayo* sea colocado por la opinion desapasionada de la posteridad en el lugar que verdadera y legítimamente le pertenece entre los poetas de este siglo: hoy, vivo aún el recuerdo de las raras prendas de ingenio y de carácter que tan respetado y querido de todos sus amigos hacian á nuestro inolvidable compañero, viva aún la dolorosa impresion producida por su pérdida, no es dado asignarle aquel lugar con la imparcialidad debida. La Academia Española, á la que por tantos años y con tan estrechos lazos estuvo unido el personaje que es objeto de estas líneas, se reconoció inhábil, al publicar sus obras poéticas en 1854, para hacer otra cosa, con respecto á él, que lamentarse una vez más de tan sentida muerte, unir su voz al coro de justas alabanzas que nunca negó al SEÑOR GALLEGO la opinion pública, y dedicar á su memoria aquel modesto tributo de estimacion, debida al literato eminente, al buen ciudadano, al fiel amigo. Vamos, pues, á limitarnos, por estas razones, á consignar, desnudo de análisis y comentarios, y ciñéndonos en todo á relaciones dignas de entero crédito, un resumen de la vida y de las principales producciones literarias del SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO.

Nació en la ciudad de Zamora, el 14 de Diciembre de 1777, siendo sus padres don Felipe Gallego y doña Francisca Hernandez del Crespo, ambos de acreditada nobleza; y despues de cursar primeras letras y latinidad bajo la direccion de un tal Pelaez, buen humanista, pasó, á la edad de trece años, á Salamanca á emprender su carrera de filosofia y derecho civil y canónico, que concluyó en 1800. Frutos de su vehemente aficion á la poesia fueron en aquella época algunas composiciones, de las que sólo se han conservado pocos fragmentos; pues ya fuese efecto de excesiva modestia, ya de natural indolencia en el autor, es lo cierto que siempre fué descuidadísimo con sus propias obras, al paso que nadie con más vivo desvelo que él se interesaba por las de los demas. El SEÑOR GALLEGO (escribia en 1845 uno de sus biógrafos) es el protector nato, el amigo de confianza de todos los jóvenes que aspiran al glorioso timbre de poetas: él los aconseja, los anima, les corrige sus obras, y á todas horas están abiertas su puerta y su benevolencia para cuantos de buena fe van á reclamar el auxilio de sus luces y larga práctica en el arte. Al mismo tiempo que el literato de quien escribimos merecia y justificaba con una bondad verdaderamente paternal este hermoso elogio, sus propias composiciones eran objeto para él de una indiferencia muy parecida al desden. Citamos este hecho, observado por los amigos del SEÑOR GALLEGO en todas las épocas de su vida, y que él mismo solia confesar con laudable ingenuidad, porque á más de dar la explicacion natural de la escasez de composiciones suyas que se conservan, constituye en cierto modo uno de los rasgos característicos de lo que pudiéramos llamar su personalidad literaria. Digamos, ántes de pasar adelante, que en efecto el SEÑOR GALLEGO fué en vida tan apreciado ó más, por su gusto exquisito en literatura y su bondadosa facilidad en dar seguros consejos á cuantos acudian á consultar con él alguna produccion, que por el número é importancia de las suyas propias. El SEÑOR GALLEGO es, sin duda, un acabado modelo en el arte de bien decir; su entonacion poética rara vez deja algo que desear, pero los amigos de las letras no pueden ménos de lamentar vivamente que su fecundidad, ó acaso su aplicacion para los trabajos literarios, en que tanta gloria hubiera podido ganar, fuesen en todo tiempo tan inferiores á lo que de su privilegiado talento y vasta instruccion debia esperarse.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados de licenciado y doctor, y de recibir las sagradas órdenes, vino el SEÑOR GALLEGO á la corte, donde en Mayo de 1805 hizo oposicion á una capillanía de honor de S. M. En Octubre del mismo año le nombró el Rey di-

rector eclesiástico de sus caballeros pajes, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. Por entónces empezó á darse á conocer al público como poeta, con várias composiciones ligeras, que vieron la luz en los periódicos de aquella época, y otras que corrieron de mano en mano con grande aprecio entre los inteligentes.

Al volver los franceses á Madrid, capitaneados por Napoleon, tomó el SEÑOR GALLEGO el camino de Sevilla, siguiendo al Gobierno legítimo, y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital del reino. Antes habia obtenido una prebenda de Murcia, y la primera Regencia le nombró para la dignidad de chantre de la isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable periodo de tiempo no se oyeron los acentos de su musa sino muy rara vez, siendo esto en verdad no de extrañar, pues era natural que absorbiesen por entónces toda su atencion los arduos deberes de diputado en las Córtes generales que se instalaron en la isla de Leon el 21 de Setiembre de 1810. Ya ántes la Junta Central le habia nombrado individuo de una comision encargada de reconocer, clasificar y extractar multitud de planes, informes y memorias sobre la convocacion de Córtes, reformas de leyes y otros proyectos remitidos al Gobierno por todas las corporaciones y personas notables del Estado, invitadas por una circular de la misma Junta. En premio de estos servicios y de sus méritos anteriores, se le confirió la dignidad arriba citada, de la cual le impidió ir á tomar posesion su eleccion de diputado á Córtes. En ellas se mostró defensor constante, aunque siempre templado, de las nuevas doctrinas, y muy particularmente de la libertad de imprenta, de cuya comision fué individuo y secretario, habiendo sido redactados por él los varios proyectos sobre esta materia que sucesivamente fueron elevándose á la categoria de leyes del reino. Aquella primera y última excursion del SEÑOR GALLEGO por el terreno de la política le fué fatal bajo dos conceptos, impidiéndole dedicarse á las letras en la edad más á propósito para cultivarlas con aplauso, y suscitándole una persecucion, cuyos efectos se hicieron sentir para él casi hasta el fin del reinado último. Restituido el Monarca al trono de sus mayores, el SEÑOR GALLEGO se vió sucesivamente preso en una cárcel pública durante diez y ocho meses, confinado por cuatro años en la cartuja de Jerez, trasladado de ella, en 1816, á peticion suya, por enfermo, al monasterio de la Luz, junto á Moguer, y pocos meses despues al convento de Loreto, en el ajarafe de Sevilla, á dos leguas de esta ciudad. En él le encontró la revolucion de 1820, á la que debió su libertad y su reposicion en la direccion eclesiástica de los caballeros pajes de S. M., en Abril de aquel año, siendo al poco tiempo promovido á la dignidad de arcediano mayor de Valencia, que disfrutó y poseyó hasta los primeros meses de 1824, en que, vuelto el Rey de Cádiz, se le despojó de ella por una Real orden, fundada en el célebre decreto que declaró nulo cuanto habia hecho S. M. desde el 7 de Marzo en adelante. Reclamó una y muchas veces de aquel despojo, de que no habia idea ni ejemplo en la Iglesia española, por ser contrario á la disciplina y leyes eclesiásticas; pero, léjos de ser oido, sufrió una nueva persecucion, que le obligó á refugiarse en Barcelona, bajo la salvaguardia de la guarnicion francesa que ocupaba aquella plaza, en la cual permaneció hasta que, evacuada tres años despues por las tropas extranjeras, tuvo que emigrar á Francia.

Cuatro meses no más pasó en Montpellier, al lado de sus íntimos amigos los Duques de Frias: el natural deseo de activar la pretension de su arcedianato le movió á regresar á Barcelona en Abril de 1828, calmados ya algun tanto, al parecer, los furoros de la reaccion absolutista. De allí fué obligado á trasladarse á Valencia, donde, por fin, despues de vejaciones sin cuento, que mal podríamos recordar sin pena y rubor, lució para él una aurora feliz en ocasion del enlace del Rey con la augusta madre de nuestra actual soberana. Relajado grandemente, á resultas de aquel suceso, el rigor de las persecuciones políticas, fué ya permitido venir á Madrid y adelantar de cerca sus justísimas pretensiones, con tan buena suerte y tan eficaces apoyos, que dos meses despues del nacimiento de nuestra actual soberana el poeta era agraciado con una canonjía de Sevilla, la cual fué á residir inmediatamente. Hasta entónces puede decirse que habian durado las consecuencias de su malhadada diputacion de 1810: añadamos ahora que entónces tambien tuvieron definitivo término las agitaciones y desgracias de su vida pública.

Por no interrumpir esta narracion, hemos omitido un hecho muy digno de recordarse, por decoro de las letras, y por cuanto honra mucho al escritor de quien hablamos, no ménos que á otro á quien la Academia tenia á dicha, hace pocos años, contar en el número de sus individuos. Nos referimos á la traslacion de los restos mortales del insigne restaurador de nuestra poesia lirica, don Juan Melendez Valdes, desde la parroquia de la aldea de Montferrier, donde estaban depo-

sitados provisionalmente, al digno monumento que les consagró en el cementerio de Montpellier el Duque de Frias; piadoso y patriótico pensamiento, debido al SEÑOR GALLEGO, cuyos son igualmente el epitafio y los elegantes disticos latinos que se esculpieron en la losa sepulcral y forman parte de esta coleccion.

Otro suceso feliz para el SEÑOR GALLEGO ocurrió aquel mismo año de 1830: su entrada en la Academia Española, de la cual llegó á ser secretario perpétuo en 1839, por haber ascendido á director el señor don Francisco Martinez de la Rosa. Ya en el año de 1814 habia sido nombrado académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo cargo, como más adelante en los de consiliario y presidente de la misma corporacion, desplegó siempre notable celo y consumada inteligencia.

Residió en Sevilla, su prebenda, hasta Mayo de 1833, en que volvió á Madrid á disfrutar las vacaciones; y cuando en Setiembre se disponia á restituirse á su iglesia, le retrajo de hacerlo la aparicion del cólera morbo en aquella ciudad. Precisado á quedarse en Madrid, obtuvo de S. M. el nombramiento de conjez del Excusado, y poco tiempo despues una plaza supernumeraria en la Rota de la Nunciatura Apostólica, de cuyo tribunal era auditor honorario desde el año de 1820. Al ejercicio de la judicatura eclesiástica en ambos tribunales se le agregó por entónces, y posteriormente hasta la época de su fallecimiento, el desempeño incesante de varias comisiones literarias, y sólo una política, aunque ésta nada más que por pocos meses, cual fué la censura de varios periódicos, que le confió el Gobierno en 1834. De aquéllas fueron las principales la de formar un plan general de estudios, en union con los señores Quintana, padre La Canal y Liñan; la plaza de número de director de estudios, cuando se restableció la direccion en 1833; la presidencia de la Comision de exámen de libros de texto para la enseñanza, y últimamente el cargo honorífico y gratuito de vocal del Real Consejo de Instruccion pública. En remuneracion de tantos y tan desinteresados servicios, S. M. se dignó agraciarse, en 1844, con la gran cruz de Isabel la Católica, de cuya orden era comendador desde 1834. En 15 de Agosto de 1845 fué nombrado Senador del reino. Por último, en 20 de Abril de 1852 mereció ser promovido á la dignidad de arcepreste del Pilar en la santa iglesia de Zaragoza, de la cual no llegó á tomar posesion por su avanzada edad y habituales dolencias.

Creemos no haber omitido hecho alguno importante relativo á la vida pública del SEÑOR GALLEGO. Si hubiéramos ahora de entrar en el exámen de sus varios trabajos políticos y literarios, y más aún en el de sus inolvidables prendas como hombre privado, mucho habríamos de añadir para dar á los que no han tenido la fortuna de conocerle, una idea cabal de aquella inteligencia tan elevada y recta, de aquel corazon tan honrado, de aquel trato amenísimo, de aquella sólida virtud, que tan caro le hacian á sus numerosos amigos; pero ya hemos dicho que no es ésta la ocasion oportuna de juzgar al poeta ni de pintar al hombre. Lo primero es tarea reservada á la posteridad; para lo segundo no nos sentimos con fuerzas ni serenidad de ánimo bastantes. Le quisimos demasiado, y está todavía harto reciente su irreparable pérdida, para que pudiéramos hacer de él otra cosa más que un panegirico apasionado, lo cual tampoco sería propio de este lugar. Limitémonos, pues, á cumplir la última y más dolorosa parte de nuestro encargo, recordando en breves líneas la postrera enfermedad y muerte del SEÑOR GALLEGO. Fué ocasion de aquélla una caida que dió en la noche del 22 de Diciembre de 1851, hallándose en la plaza de Oriente contemplando la lucida iluminacion del Real Palacio, con que se solemnizó el nacimiento de la señora Princesa de Asturias. El golpe que recibió cayendo de espaldas y procurando, aunque en vano, sostenerse asido á un árbol, fué tan violento, que le originó la rotura, ó más bien, la luxacion de la cabeza del hueso del muslo izquierdo: esta lesion, grave siempre, y que lo era mucho más, atendida la avanzada edad del paciente; complicada además con una fuerte afeccion asmática que ya de antiguo le agobiaba, abrevió el fin de sus dias, que vió llegar con cristiana y ejemplar resignacion, preparándose á la muerte como quien sabe que despues de ella comienza la verdadera vida: la limpieza de su conciencia mitigaba sin duda para él las amarguras de aquel duro trance. Por último, en la madrugada del 9 de Enero de 1853, rodeado de su familia y de sus amigos, en el cuarto segundo de la casa propia de la Academia Española, que está señalada con el número 26 en la calle de Valverde, y en la que tenia su habitacion como académico secretario, entregó su espíritu al Criador, y en la tarde del siguiente dia su cuerpo á la tierra en el cementerio de San Justo y San Millan, donde una sencilla inscripcion recuerda los principales títulos y las virtudes que tanto le recomendaron en vida.

Era el SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO de aventajada estatura, grueso á proporcion, de grave y expresiva fisonomia, agudo en el decir y muy consecuente y afectuoso con sus amigos. El mejor retrato suyo que se conserva es el que ejecutó al óleo, y litografió despues para el periódico titulado *El Artista*, el acreditado pintor don Federico de Madrazo.

Várias de sus obras poéticas fueron reunidas y publicadas en coleccion el año de 1829 por el apreciable literato habanero don Domingo del Monte, en Filadelfia; mas sin conocimiento del autor, y algunas en vista de textos poco fieles; por lo cual dicha coleccion alcanza hoy poco crédito entre los inteligentes. Movida de esta consideracion, no ménos que de un cordial afecto y singular estimacion á su último secretario, resolvió la Academia, por unanimidad, en la sesion inmediata siguiente al fallecimiento del SEÑOR GALLEGO, publicar una coleccion selecta y esmerada de sus obras poéticas, nombrando al efecto una comision de su seno, encargada de recoger y ordenar, no sólo las que ya eran conocidas por hallarse impresas y diseminadas en multitud de periódicos, mas tambien todas las que pudiese obtener entre las várias que de notoriedad corrian manuscritas en poder de algunos amigos del autor, además de las que naturalmente debian encontrarse entre los papeles dejados á su muerte. Cumplió la comision su encargo con diligente esmero, hecho lo cual, procedió á un escrupuloso cotejo entre los diferentes textos reunidos, á fin de fijarse en el que pareciese más fidedigno, y á un desapasionado exámen de las composiciones que definitivamente habian de figurar en la edicion de la Academia, haciendo de ellas tantas divisiones como son las clases á que corresponden, y adoptando, para su respectiva colocacion, el orden de fechas, hasta donde fué dable.

Confiamos que esta reimpression en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, que es un glorioso monumento nacional, será grata á los amigos de las letras (1).

POESÍAS.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRG., *En.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdénies mi voz: letal beleño
Presta á mis sienas, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasia,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo dia
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

(1) A las poesías contenidas en la coleccion hábilmente ordenada por la Academia Española, añadimos ahora algunas otras de auténtico origen, que no son indignas, al ménos por lo limpio del len-

Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerme al huésped ominoso.
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¡Quién ¡ay! la alevosia,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,

guaje y lo acicalado y robusto de la versificacion, de ser incluidas en la citada coleccion, que con especial gusto reproducimos ahora en la BIBLIOTECA.
(Nota del Colector).